

La revolución de palacio

Desde Madrid escribe el corresponsal Armando Puente.

Hubo unanimidad total entre los 16 miembros del Consejo del Reino que debían proponer a Franco el nuevo jefe del gobierno: todos pidieron al "maitre" de *Los Cetos* consomé, lenguado y tournedo. Dos horas más tarde, ya en torno a una ovalada mesa de caoba en el palacio de las Cortes, reiteraron el consenso, designando al señor Carlos Arias Navarro para encabezar la terna de candidatos

entre los que, según la Constitución, el jefe del Estado debe nombrar al primer ministro.

El señor Carlos Arias (65 años, casado, sin hijos, notario) era desde hace seis meses ministro del Interior. Con anterioridad había sido durante ocho años director general de seguridad y otros tantos alcalde de Madrid, cargo en el que cosechó una gran popularidad. Enérgico, capaz de trabajar sin interrupción 14 ó 16 horas, aficionado a la caza, a los caniches y al mus, el nuevo jefe de gobierno se ha mantenido neutral y sin compromisos —salvo su fidelidad incondicional a Franco—, entre las "familias políticas" que integran el régimen: falangistas, carlistas, socialcristianos, monárquicos y tecnócratas del Opus Dei.

EL OPUS DEI DESCARTADO. Si el nombramiento del jefe del gobierno sorprendió a los observadores, que esperaban que Franco lo confiara a un militar duro, la rapidez e independencia con que Arias Navarro formó su equipo ministerial les indicó que en España se iniciaba una nueva etapa.

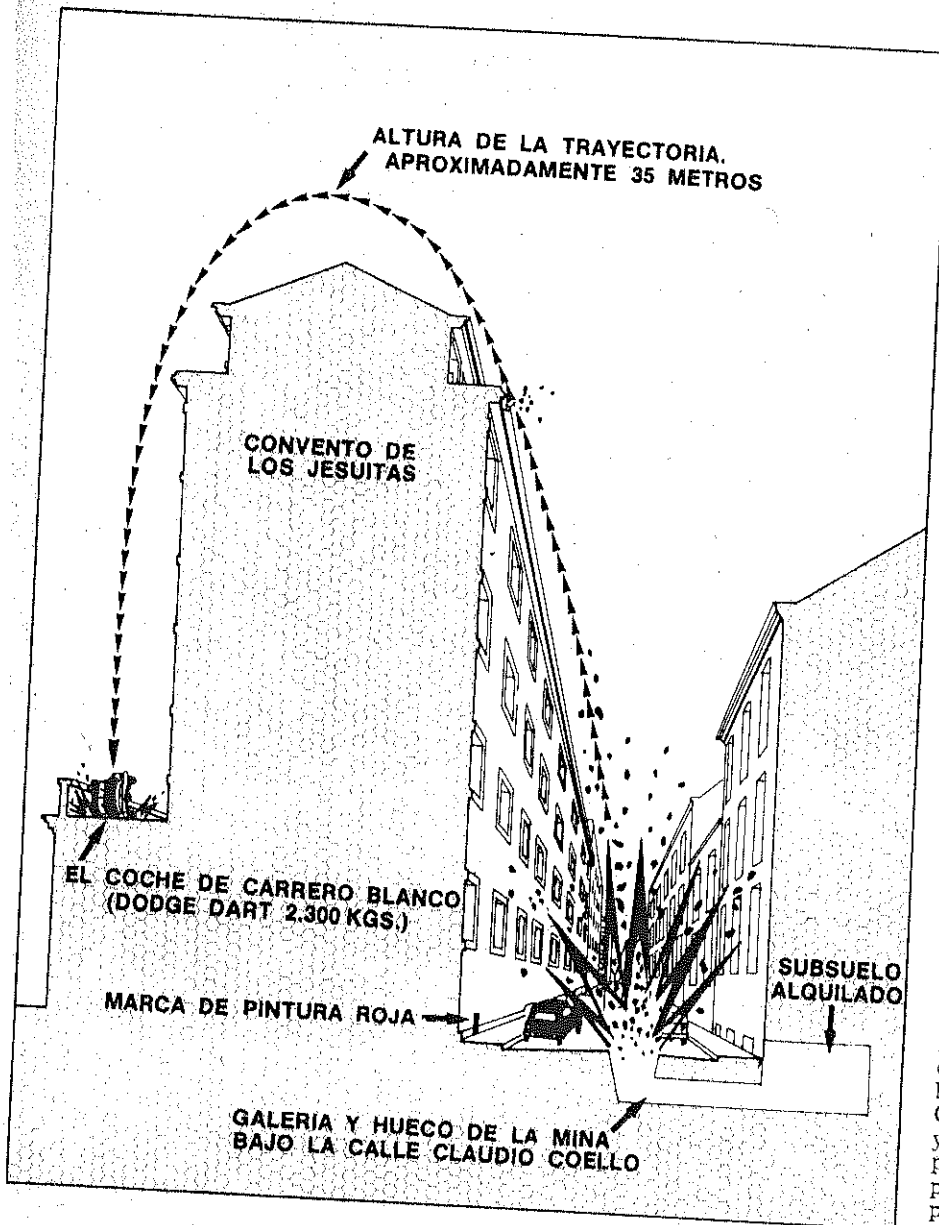
A Carlos Arias le bastaron tres días para realizar el cambio más amplio y profundo realizado en los 35 años de franquismo y dejar sentado que no estaba dispuesto a ser el heredero del asesinado almirante Carrero Blanco sino a inaugurar una nueva política. Por primera vez se constituyó un gobierno puramente civil en el que los militares quedaron confinados a las carteras de sus tres armas específicas. Pero lo que no dejó lugar a dudas de que una revolución de palacio se había operado en España fue que Carlos Arias se desprendió de los tecnócratas de la institución católica del Opus Dei, que desde 1957 —cuando asumieron la conducción económica— han venido ocupando cargos vitales en los sucesivos gobiernos del país.

La salida de Laureano López Rodó, la más destacada personalidad de este grupo, que después de dirigir tres sucesivos planes de desarrollo era actualmente ministro de Relaciones Exteriores, resultaba inimaginable hace sólo dos semanas. Pero no sólo los tecnócratas del Opus Dei han sido excluidos del gobierno, sino también los monárquicos y los socialcristianos.

La crisis del petróleo, que comienza a asfixiar la pletórica economía europea, se hace sentir también en España. Más de un millón de vuelos "charter" han sido suspendidos y amenazan la más importante de las fuentes de divisas del país, el turismo, que el año pasado dejó la increíble suma de 3.000 millones de dólares.

Nuevo Diario, órgano de los tecnócratas desarrollistas que vuelven al llano después de 17 años de gobierno, anuncia "un futuro económico sombrío". Como para confirmarlo, desde principios de año han subido ya la nafta, la electricidad y los automóviles.

La crisis del mes pasado, originada por el asesinato del almirante Carrero Blanco, ha sido superada. El pueblo español reclama unos derechos que durante años han sido postergados: los derechos de asociación y de reunión. El nuevo jefe del gobierno no lo ha ignorado en su primera declaración pública: "El desarrollo de la participación política —ha dicho Carlos Arias— ha de ser promovido y estimulado, teniendo en cuenta la probada madurez cívica de nuestro pueblo". Sus colaboradores lo respaldan con decisión. Ocho de los nuevos ministros son parlamentarios que se han destacado por impulsar el reconocimiento al pluralismo político en España. ♦



LA MUERTE DE CARRERO BLANCO
El terrorismo en acción